

## Peña Batlle, historiador nacional<sup>1</sup>

Raymundo Manuel González de Peña<sup>2</sup>

Me es de grata satisfacción compartir con ustedes algunas ideas en torno a uno de los historiadores más importantes de la República Dominicana en el pasado siglo XX y, a mi juicio, el más representativo de la historiografía conservadora en nuestro país.

Desde 1988, cuando presenté un ensayo sobre el concepto histórico de la nación en Peña Batlle, la bibliografía sobre este historiador se ha enriquecido con importantes aportes críticos procedentes de distintos campos del saber y las Ciencias Sociales, además de uno que otro testimonio de personas que le conocieron.<sup>3</sup> El talento y la fuerza expositiva de nuestro

1. Conferencia pronunciada la noche del miércoles 11 de julio de 2007 en el salón de actos de la Academia Dominicana de la Historia.
2. Miembro de número de la Academia Dominicana de la Historia.
3. Entre esas contribuciones están: Juan Daniel Balcácer et al., *El pensamiento de Manuel Arturo Peña Batlle*, Santo Domingo, UNIBE, 1988; Soledad Álvarez et al., *El debate sobre las generaciones*, Santo Domingo, Fundación Cultural Dominicana, 1991; Roberto Cassá, “Historiografía de la República Dominicana”, *Ecos*, Año 1, No.1, 1993., pp.9-39; Andrés L. Mateo, *Mito y cultura en la Era de Trujillo*, La Trinitaria, Santo Domingo, 1993 (hay segunda edición con una presentación de Frank Moya Pons, Santo Domingo, Editora Manatí, 2004) y *Las palabras perdidas*, Santo Domingo, Editora Cole, 2000, pp.49-64; Alba Josefina Záiter Mejía, *La identidad social y nacional en Dominicana: un análisis psico-social*, Santo Domingo, Editora Taller,



autor siguen ejerciendo una especie de atracción y repulsión que es difícil definir fuera de su influjo todavía visible. Trataré de acercarme, aun sea de manera parcelada y analítica, a varios aspectos que me parecen relevantes sobre su labor historiográfica, los cuales deben formar parte del debate actual en torno a la crítica ideológica de su obra.

He dividido en cuatro puntos mis palabras: (I) Un esquema biográfico; (II) Una breve exposición de su plan general sobre la historiografía nacional; (III) Un acercamiento a dos controversias que fueron hitos de su programa histórico; y, finalmente, (IV) Una consideración sobre el presente y futuro de su programa historiográfico. Como se ve, he dejado fuera la discusión del tema haitiano para tratarlo con más espacio en otro momento por lo dilatado y complejo del asunto.

## I

Manuel Arturo Peña Batlle (1902-1954) murió a los 52 en plena madurez intelectual.<sup>4</sup> Llama la atención que sobre su vida

1996; Federico Henríquez Grateaux, *Un ciclón en una botella. Notas para una teoría de la sociedad dominicana*, Santo Domingo, Alfa y Omega, 1996, y su conferencia *Peña Batlle y la dominicanidad*, 2da. ed., Santo Domingo, Taller, 1996 (1ª ed. 1990); Pedro San Miguel, *La isla imaginada. Historia, identidad y utopía en La Española*, Isla Negra / La Trinitaria, San Juan / Santo Domingo, 1997, especialmente los capítulos 2 y 3; Michel Baud, “Manuel Arturo Peña Batlle y Joaquín Balaguer y la identidad nacional dominicana”, en: VVAA., *Política, identidad y pensamiento social en la República Dominicana. Siglos XIX y XX*, Madrid, Doce Calles / Academia de Ciencias de la República Dominicana, 1999, pp. 153-179; Miquel Izard, *El rechazo a la civilización*, Barcelona, Península, 2000, en particular los capítulos 1 y 5; y mi artículo “Peña Batlle y su concepto histórico de la nación dominicana”, *Ecos*, Año 2, No.3, 1994, pp.11-52.

4. En la oración fúnebre leída en su sepelio, expresó Joaquín Balaguer: “ (... el hombre a quien nos disponemos a entregar en este instante



personal, salvo algunos testimonios recientes y las entrevistas que puedan hacerse, apenas tengo algunos datos.

El autor nació y vivió en el barrio de San Carlos, fundado a fines del siglo XVII por canarios que también eran sus ancestros. En el tiempo que se desarrolló su niñez y preadolescencia San Carlos fue teatro de todas las calamidades de la tumultuosa vida política dominicana, al ser antesala de la ciudad de Santo Domingo: las guerras fratricidas de los revolucionarios, la muerte de soldados y generales, el incendio que lo asoló, de todo tuvo que reponerse ese colectivo con dificultades y supremos esfuerzos; igualmente el barrio fue testigo de las transformaciones de la vida económica: el ingenio azucarero, las comunicaciones con el interior, los trabajos de la ampliación del camino de Santiago, convertido en el primer tramo de la carretera Duarte, y la construcción de la mansión presidencial en sus alrededores; y ya más tarde, siendo Peña Batlle adulto, joven escritor y reconocido abogado, sobrevino el ciclón de San Zenón, del que tuvo que resurgir nuevamente dicho barrio. Antes San Carlos, o mejor, sus alrededores fueron escenario de la Ocupación Militar Norteamericana de 1916-1924 con sus campamentos militares y ejercicios de entrenamiento, de la que es testigo la hoy desvencijada Escuela Brasil. Más tarde, a partir de 1930, el barrio conoció también la presencia avasalladora del nuevo hombre fuerte: Trujillo.

*al sepulcro, cae precisamente en brazos de la muerte cuando más le sonreía la fortuna. Juventud, talento, jerarquía política, renombre literario, preeminencia social, riquezas materiales: ¿qué le faltaba a este niño mimado que desaparece en la hora de la felicidad y del triunfo por una extraña ironía de la vida?"* Aut. Cit., "Supremun vale". En Joaquín Balaguer, *Discursos, temas históricos y literarios*, Santo Domingo, 1977, pp. 125-126.



Sin que echar una mirada sobre la vida de un autor signifique que juzgo por sólo ella su obra, no resultará ocioso, al hablar de un historiador como el que me ocupa, señalar algunos rasgos de su persona que de alguna manera impregnaron sus escritos: quienes le conocieron lo describen como persona abstraída, algo huraño y hasta hosco en su trato con extraños;<sup>5</sup> también como una persona generosa y de trato cordial, según aparece en algunas cartas que conozco. Aunque no intimaba fácilmente, recibía con simpatía la labor y aportes de quienes le rodeaban. Su estilo cortés y severo al mismo tiempo, de respetable y correcto caballero, contrastaba con el trato desdeñoso que no pocas veces recibieron sus alumnos en las aulas universitarias. Hombre hogareño, forjó su familia en el seno de la tradición católica que defendió con ardor. Ajeno a tabernas y mentideros, propugnó por el desarrollo cultural de la sociedad que le vio nacer. Alcanzó una vastísima cultura, envidiable todavía hoy. Pulcro y trabajador, ordenaba sus ideas escribiendo a mano con letra de la mejor caligrafía. Amante de la alta cultura y las tradiciones vinculadas a ella, registró y veneró todo lo que para él significaba progreso cultural dominicano. Polemista de fuste y vocación, buscó apoyar sus argumentos en pruebas documentales y otras evidencias empíricas, aunque, a decir verdad, no siempre lo consiguió. De estilo sentencioso y directo, su pluma sacrificaba la belleza ante la claridad. Dotado de una inteligencia superior supo distinguir y calibrar, cuando

5. Este temperamento parece haberlo heredado de su padre, Buenaventura Peña Cifré (a) Ventura o Venturita, quien era extremadamente severo, de acuerdo con el testimonio de familiares y otras personas que conocieron a ambos. Agradezco al Dr. Fernando Batlle Pérez y al Dr. Emilio Cordero Michel por los testimonios que ofrecieron en el diálogo que siguió a la presentación de esta conferencia.



así se lo propuso, los alcances prácticos de sus ideas. Con razón, la cantidad y la calidad de su obra siguen siendo punto de admiración para todo aquel que se aproxima a estudiarla.

Salvo por las actividades propias del trabajo que dirigió para la demarcación fronteriza entre las dos naciones que comparten la Isla, que le llevaron a pasar largas temporadas en la frontera entre 1929 y 1932, pareciera que toda su vida transcurrió en San Carlos. El tiempo en la frontera también lo aprovechó para reflexionar hondamente sobre el significado que para el Derecho Internacional y el pensamiento político modernos tuvieron los efectos de la Gran Guerra (1914-1918). Los compromisos culturales que asumió como bandera de lucha en *Acción Cultural* y la *Revista de Derecho Internacional*, ambas fundadas por él, tampoco alteraron ese ritmo de vida. El cambio tuvo lugar con su integración al régimen despótico trujillista, en el que descolló hasta convertirse en la principal figura intelectual del mismo: puesto y preeminencia que nadie le disputó en vida ni después de muerto.<sup>6</sup> Su recia personalidad valorada en el ámbito nacional e internacional, como canciller dominicano,<sup>7</sup> pudo dar pábulo a los rumores sobre la inconveniencia de su persona, los cuales sin duda llegaron a oídos del tirano, hasta el punto que a éste comenzó

6. En ello coinciden Héctor Incháustegui Cabral, *El pozo muerto*. 2da. ed., Santiago, UCMM, 1980, pp.131-141; Emilio Rodríguez Demorizi en el prólogo a Manuel A. Peña Batlle, *Política de Trujillo*, Ciudad Trujillo, Impresora Dominicana, 1952, y Joaquín Balaguer, *Entre la sangre del 30 de mayo y el 24 de abril*, Santo Domingo, 1983, p.193.
7. Su paso por la Secretaría de Relaciones Exteriores resultó en una verdadera transformación reconocida por el régimen como el paso de una cancillería “introvertida” a otra “extrovertida”. Cfr. Virgilio Díaz Ordóñez, *Política exterior de Trujillo*, Ciudad Trujillo, Impresora Dominicana, 1955.



a disgustarle su presencia y a hacerle notorios desplantes en público. Poco antes Peña Batlle se propuso abrir su propio bufete profesional en la calle 19 de Marzo esquina Salomé Ureña, llevado talvez por un perspicaz sentimiento de que estaba al borde de caer “*en desgracia*”, como se decía entonces, o quizás para esperar desde esta nueva trinchera mejores vientos. Dejó San Carlos y se mudó a la nueva casa que hizo construir en la avenida Francia, hoy sede de la Universidad Iberoamericana. Allí, aislado en su biblioteca donde se encerró y agravada su hipertensión arterial, le sorprendió la muerte el 15 de abril de 1954.

## II

Pocos historiadores de nuestro país han trazado con líneas tan definidas sus planteamientos sobre la historia dominicana como lo hizo Peña Batlle. Aunque desde el principio esas líneas denotaban una visión de conjunto de la historia nacional, no fue autor de compendios, sino de temas monográficos. Esto lo convirtió en un autor más analítico que narrativo. La obra compiladora que realizó,<sup>8</sup> en cambio, da cuenta de su amplitud de miras en el ámbito histórico y cultural.

Como analista sus ideas-fuerza están bien enlazadas por tesis cuyos fundamentos expuso en general de forma clara, concisa y contundente. Sus obras abarcan aquellos temas que consideró claves para entender la sociedad dominicana que le era contemporánea. Asumió inicialmente el programa liberal del hostosismo en cuya atmósfera se formó, y como tal lo reflejó en sus primeras obras, pero pronto asimiló el historicismo en

8. Los 19 volúmenes de la *Colección Trujillo* (Santiago, El Diario, 1944) publicada con motivo del Centenario de la República.



boga durante el período entreguerras y se hizo partidario del espiritualismo culturalista y voluntarista de la concepción psicológica de la historia.<sup>9</sup> Esto significó un partearguas en su labor historiográfica que coincidió con su integración al trujillismo y la creación de un nuevo programa recusando el anterior.

Sobre este último punto es bueno apelar a su personalidad, ya que no era hombre de medias tintas. Incluso cuando juzgó llegada la hora de dar su apoyo al régimen, polemizó con algunos de los discursos defensores del mismo. En 1936, Fabio A. Mota dio a la publicidad un pequeño folleto en el cual recogía el nuevo sentido de la obra de gobierno, que él mismo llamó “*el deberismo público*”, en función de una doctrina política ambigua inspirada en lecturas de Henri Bergson, Edmund Husserl y Federico Nietzsche. Escribió Mota su exaltación de los logros materiales y espirituales del régimen, y en su conclusión caracterizó la obra gubernativa de Trujillo con las palabras siguientes:

*“Es un neo-socialismo nacionalista inspirado en el dominicanismo, como el nazi, en el germanismo puro; es un neo-socialismo compatible con la absoluta dignidad del individuo mientras su derecho no colide con el máximo interés del Estado i con los principios del orden i de la paz pública, (...)”.*<sup>10</sup>

9. Al respecto, véase la exposición sobre la causalidad histórica de Gustavo Adolfo Mejía Ricart, *Introducción a la historia*, Instituto de Investigaciones Históricas, Imprenta Listín Diario, 1940-1942.
10. Dr. Fabio A. Mota, *Neo-Socialismo. Dominicanismo. Aspectos de la obra espiritual del Presidente Trujillo*, Ciudad Trujillo, Editorial “Caribes”, 1936. En el ante-pórtico de la conferencia impresa señala el autor que la misma “*está inspirada, en parte, en algunos artículos*



Peña Batlle había tomado distancia de este planteamiento presente en la atmósfera intelectual del momento, cuando expresó:

*“De Trujillo me han interesado en sus cuatro años de administración el sentido francamente **nietzscheziano** que ha impreso al Gobierno y, como secuela, el hondo arraigo nacionalista con que ha desenvuelto sus gestiones de gobernante. Ni por inclinación, ni por temperamento ni por educación libresca, yo soy un **nietzscheziano** del gobierno ni un nacionalista cerrado; pero después de haberlo pensado mucho, después de haber enfocado con reposo todos los aspectos de la situación me formé el criterio de que las contundentes necesidades del momento en que el General Trujillo advino al gobierno tal vez no hubieran podido conjurarse con éxito dentro de la ideología que hasta entonces sostuvieron nuestros hombres de Estado, sino mediante la adopción de un sentido nuevo y extraordinario de gobierno, que sólo un hombre singular, hubiera podido imponer”.*<sup>11</sup>

En efecto, el período entreguerras había puesto de manifiesto la quiebra del pensamiento liberal. El Derecho Internacional Público fue el primero que revistió las consecuencias del Tratado de Versalles. La agudeza de Peña Batlle le permitió vislumbrar los caminos que se abrían al pensamiento jurídico en la coyuntura internacional. Nadie puede negarle la precedencia en esta visualización. Pudo escoger entonces entre las corrientes que estaban de moda,

*del más responsable i brillante periodista del trujillismo, don Emilio A. Morel”, etc.*

11. Manuel Arturo Peña Batlle, *Previo a la dictadura. La etapa liberal*, (compilación, presentación y comentarios por Bernardo Vega), *Obras*, tomo II, Santo Domingo, Editora Taller, 1991, p.251.



como era la creciente validación del irracionalismo nietzscheano y sus diversas variantes, o la fenomenología de Husserl y sus seguidores, pero se decidió por el tradicionalismo hispanista y la ortodoxia católica, representados por las figuras intelectuales de Marcelino Menéndez Pelayo y Ramiro de Maeztu, más tarde asumidos y defendidos en España por la “*dictadura nacional*” del “*Caudillo*” Francisco Franco.

De acuerdo a mi interpretación, su vinculación al régimen de Trujillo le llevó a contradecir prácticamente la totalidad de sus afirmaciones precedentes, inspiradas en el liberalismo. Resulta no menos que sorprendente la rotunda metamorfosis que se nota en sus planteamientos históricos de los años 40 y 50.<sup>12</sup> Muchos se han preguntado si esta transformación fue fruto de sus convicciones intelectuales o un simple acomodamiento al régimen.<sup>13</sup> Otros han dicho que él nunca fue trujillista en su

12. En el discurso de presentación de Pedro Henríquez Ureña en *Acción Cultural*, en 1932, Peña Batlle se declaró partícipe de una reforma educativa desvinculada de la política, de la que renegará más tarde: “*Nuestra escuela no llena una función social fundamental y nuestra universidad (...) no cumple otro cometido que el de lanzar al mundo profesionales mal orientados (...) Inspirada por esa honda necesidad de reforma que señala nuestro medio ambiente, la juventud dominicana ha comenzado ya a agruparse para concretar en síntesis colectivas, sus anhelos de mejoramiento: La Acción Cultural es un caso característico de ese fenómeno (...) no persigue fin ninguno de política activa (...); aspira sin embargo, (...) a ser un factor activo en la transformación de nuestras fuerzas culturales y sociales.*” Manuel A. Peña Batlle, “Palabras de presentación de Pedro Henríquez Ureña en ‘Acción Cultural’”, Julio Jaime Julia (compilador), *Antología de grandes oradores dominicanos*, Vol.1, Santo Domingo, Mediabyte, 2000, pp.175-177.
13. Esta pregunta está a la base de la polémica entre Bernardo Vega y José Israel Cuello, reproducida en Soledad Álvarez *et al.*, *El debate, passim*.



íntima convicción.<sup>14</sup> Desde luego, aquí no valen las opiniones *in pectore*. Sería ocioso ponderar los efectos prácticos de su obra al servicio del despotismo trujillista en función de un secreto revelado al oído a un amigo. A la inversa, sus numerosos discursos a favor del régimen fueron copiados, glosados y repetidos hasta la saciedad y formaron parte de la cultura ambiente de la tiranía. Pero más que eso, sin la presencia de Trujillo y del estado trujillista como entidad trascendental, el esquema de interpretación histórico de Peña Batlle se volvería inconsistente, sería un cartón vacío e innecesario.

Peña Batlle se labró un sitio propio al interior del régimen trujillista. Nadie se lo dio ni le ayudó a conseguirlo. Conforme a su pensamiento conservador propuso un programa y lo llevó a cabo en proporciones formidables. De hecho, la validación ideológica del despotismo fue la tarea a la que se entregó por entero, después de su integración al régimen en 1935. El pasado dominicano de revoluciones y pobreza, de abulia y personalismo políticos, había sido criticado con una dureza sin igual por el régimen de fuerza creado por el militarismo trujillista. La justificación y trascendencia del régimen se explicaban en su teoría precisamente apelando a la superación de ese pasado repugnante.

Como señaló Andrés Mateo en su libro *Mito y cultura en la Era de Trujillo*, Peña Batlle le dio una nueva consistencia al discurso trujillista, hasta entonces cargado de negatividad y referencias positivas sin unidad de sentido. El mito revalorado por Peña Batlle es construido como resultado de una sucesión

14. Véase al respecto los artículos del Dr. Luis S. Peguero Moscoso, en Soledad Álvarez, *et al.*, *El debate*, pp. 49-57, quien señala que su conversión al trujillato no fue sino una maniobra para salvar a la Casa Vicini de la voracidad del régimen.



de artificios culturales que hicieron de la odiosa dictadura un dechado de virtudes positivas.<sup>15</sup> No sólo era el progreso material, convertido desde entonces en un argumento contundentemente sólido, enrostrable en todo momento a quienes pretendieran siquiera cuestionar al régimen (con lo que descalificaba y acallaba cualquier voz crítica), sino el progreso espiritual, con el establecimiento definitivo de una cultura dominicana, cimentada sobre su propia consistencia.

En su concepto, hasta la llegada de Trujillo al poder, la cultura dominicana estaba condenada a la autoderrota. Por el contrario, Trujillo había conseguido superar el estado de postración material y de orfandad espiritual en que se había acostumbrado a vivir el país en toda su historia, creando para ello un Estado fuerte que garantizara la perduración del colectivo. En consecuencia, Peña Batlle sentenció que todos los pensadores dominicanos habían sido pesimistas:

*“Todos nuestros escritores políticos, todos los dominicanos que por una razón u otra comentaron el devenir de la formación nacional de nuestro pueblo, incluso los poetas como Salomé Ureña, José Joaquín Pérez y Gastón Deligne, resumaron en sus escritos el amargor invencible de su pesimismo. Ninguno tuvo fe en los destinos de la República y todos miraban con recelo el desenlace del pavoroso drama político en que se debatía la nacionalidad. Sus buenas intenciones no bastaban a serenarles el ánimo patriótico, y vivían consternados ante el continuo desgaste de energías que imposibilitaba la integración de un verdadero régimen administrativo, capaz, por sí mismo,*

15. También vuelve a tratar el tema en Andrés L. Mateo, *Las palabras perdidas*, pp. 49 y ss.



*de soportar el normal desenvolvimiento de un Estado bien organizado y bien constituido*".<sup>16</sup>

Este diagnóstico, por lo que se refiere a la intelectualidad dominicana, ha sido retomado modernamente por Federico Henríquez Grateraux, pero, en cambio, para mi sorpresa, este autor se ha limitado a colocar a Peña Batlle en el pináculo del pesimismo dominicano al considerarlo "*heredero directo de todo el pesimismo, que todavía rebrota*."<sup>17</sup> Éste, precisamente, es el lugar de donde él mismo se había borrado, aunque Henríquez Grateraux pretende destronarle de su asiento, haciéndose pasar por defensor suyo.<sup>18</sup>

Alejado del bullicio de "*la jerga*", como la llama Mateo, Peña Batlle creó la más extraordinaria de las mixtificaciones del trujillato: un discurso coherente. Desde su construcción ideológica Peña Batlle le proporcionó reposo, un basamento sólido al trujillismo. Lo que hasta ese momento descansaba sobre la fuerza de las botas y las bayonetas, se aligeró hasta subir al cielo. Los crímenes, atropellos y vejámenes de la tiranía eran lozanas cicatrices de "*la Patria Nueva*", una pequeña cuota para alcanzar la fuente inagotable de riquezas y felicidad que tanto habíamos anhelado, "*El precio de la paz*", como tituló uno de sus discursos más celebrados. La libertad era un

16. "Exaltación de la Era de Trujillo". En Manuel A. Peña Batlle, *Política de Trujillo*, Ciudad Trujillo, 1952, p.192. Incluido en Abelardo R. Nanita, *La Era de Trujillo*, tomo II, Ciudad Trujillo, Impresora Dominicana, 1955, pp. 152-167. Este discurso a juicio de Balaguer es uno de los escritos más enjundiosos sobre el régimen de Trujillo. Ver *Memorias de un cortesano de la "Era de Trujillo"*, Santo Domingo, 1988, p. 234.
17. Federico Henríquez Grateraux, *Un ciclón*, p. 110.
18. Esta parece ser la pretensión de su discurso "Peña Batlle y la dominicanidad", publicado como folleto aparte e incluido como apéndice en *Un ciclón*, pp. 217-237.



concepto que el pueblo dominicano debía aprender bajo la luz de los nuevos principios de orden y disciplina sociales que la autoridad del régimen enseñaba cotidianamente.<sup>19</sup> El trabajo forzado, el acaparamiento sin límites del producto nacional, eran el resultado del relajamiento de un pueblo que había perdido la costumbre del trabajo asiduo y reparador, males que requerían del ejemplo del empresario dinámico y el trabajo disciplinado ofrecidos por el dictador.

Trujillo había alcanzado todos estos frutos desde sus primeros años de gobierno. De ahí que gran parte de su trabajo al servicio del tirano estuvo pautado por la tarea de legitimar políticamente el régimen. A él debió el régimen la mejor y más contundente argumentación basada en la legitimidad del logro.<sup>20</sup> Sería de un cinismo monstruoso que él no haya creído en nada de esto. Quienes lo defienden alegando que todo era una farsa no se dan cuenta de que, a los ojos de Peña Batlle, ésta era una manera inaceptable de defensa. Él mismo la hubiera reprobado. Comprender a Peña Batlle significa entender que él dedicó todas las fuerzas de su genio a la fundamentación conservadora de la nación y a la justificación del despotismo, pues en ello residía la verdad de su teoría de la nación.

Gracias a su aporte el abigarrado amasijo barroco de la ideología trujillista se vio de pronto transportado hacia las líneas sencillas y rectas del clasicismo que dibujaban la conciencia pura de la nación creada por completo en el siglo XVI, como

19. *“El fundamento de la libertad es la autoridad. Pero ambas cosas libertad y autoridad dependen del magno principio de la sociabilidad”*. M. A. Peña Batlle, *Política de Trujillo*, p. 40.
20. Véase mi artículo “Ideología y mundo rural: ‘Civilización y barbarie’ revisitados”. En *Estudios Sociales*, Vol. XXIX, No.106, octubre-diciembre, 1996, pp. 39-47.



recordó Emilio Rodríguez Demorizi a su regreso de Grecia en los años 40, interpretando el programa de Peña Batlle. Así se estableció una ecuación entre el régimen despótico trujillista y lo que él denominó “*raíces de nuestro espíritu*”<sup>21</sup>, estas últimas reducidas a dos elementos: hispanidad y catolicismo, ambos situados en el siglo XVI, aunque tomados en su versión más ortodoxa y tradicionalista, esto es la procedente de la Contrarreforma. Y esta tesis implicaba una reinterpretación completa de la historia nacional:

“(…) *Una conciencia social, no podrá crearse en Santo Domingo por sistemas contrarios a la idiosincrasia hispánica y católica del pueblo dominicano. Si deseamos verdaderamente crear un ideal de civilización para vincular en él los factores de nuestra expresión nacional obligados estamos a exaltar aquellos dos valores esenciales de nuestra constitución. Hacer otra cosa equivaldrá a secar las raíces de nuestro espíritu*”.<sup>22</sup>

### III

En el ámbito histórico, el programa de Peña Batlle quedó plasmado en su principal obra, *La Isla de la Tortuga* (1951), y expuesto de manera resumida en el ensayo sobre *El Tratado*

21. La frase repetida insistentemente procede del título del ensayo de Guido Despradel i Batista, *Raíces de nuestro espíritu*, leído como conferencia en la Sociedad Amantes de la Luz de Santiago de los Caballeros, el 25 de abril de 1936. No obstante las conclusiones de ambos autores son muy diferentes, ya que para el ensayista vegano lo que nos une a la tierra es lo indígena y no lo español que considera importado al igual que lo africano.
22. Peña Batlle, “Prólogo”. En Antonio Valle Llano, S.J., *La Compañía de Jesús en Santo Domingo durante el período hispánico*, Ciudad Trujillo, 1950, pp. 14-15.



*de Basilea y la desnacionalización del Santo Domingo español* (1952).

De entrada debo indicar indiquemos que el programa de Peña Batlle incluyó como elemento central la formación de una “*conciencia social*”, acorde al momento político que vivía el país. Ésta aparecería como consecuencia lógica de la actuación del régimen, que él juzgaba en perfecta sintonía con los “*jugos de la nacionalidad*”. Tal era el sentido de la labor historiográfica destinada a dar una interpretación conservadora de la nación dominicana. Para ello había que colocar en el centro de dicho programa la pregunta por la identidad dominicana. Peña Batlle estableció que el resultado trujillista contenía en sí mismo todos los hitos históricos forjadores de la nación. Para ello se valió de una “*operación histórica*”, para usar la expresión de Michel de Certeau, que bien podríamos llamar la *memoria intuitiva del poder*. El autor que estoy analizando nos ocupa conocía bien las consecuencias de su discurso histórico. Pese a lo ambicioso y riesgoso del proyecto, Peña Batlle no se arredró. Pero durante su realización extravió el camino de la historia.

“*Ningún pasado se sostiene como tal, sino en tanto es recordado*”.<sup>23</sup> Quienes vivimos el presente atribuimos sentido a los hechos del pasado, los valoramos, le damos o no trascendencia, significado social. Es así como nos acercamos a la los hechos históricos, vemos sus dimensiones y proyecciones actuales, desde una apelación a nuestro sedimento real de identidad. La memoria es un proceso de trabajo cultural que confronta continuamente aquel sedimento: una dinámica de

23. J. Assmann, “El lugar de Egipto en la historia de la memoria de Occidente”. En Gerhart Schröder y Helga Breuninger, comps., *Teoría de la cultura: un mapa de la cuestión*, FCE, Buenos Aires, 2005, p.56.



las reconstrucciones y recusaciones que pueden describirse conforme a los términos de la memoria, es decir, recordar y olvidar. Pero tanto el recuerdo como el olvido son selectivos; esta selectividad suele estar asociada a diferentes situaciones experimentadas como traumáticas o gozosas por los sujetos, siendo así reprimidas o recusadas o, por el contrario, anheladas. En el caso de Peña Batlle, se trata de un criterio de selectividad ajustado a la visión del pasado requerida desde la memoria intuitiva del poder.

Al mismo tiempo, esa apelación al pasado desde el presente que constituye la memoria es una búsqueda de respuesta a la pregunta por la identidad. El que recuerda siempre es un sujeto individual o colectivo. Como tal la memoria está comprometida con la identidad, que requiere del pasado como fuente que da sentido y orienta en los valores. La memoria por tanto va unida a la función de legitimación de una identidad. Sin embargo, “*memoria*” e “*historia*” no son idénticos. Hay que distinguir entre ambas actividades del espíritu. Historia en griego significa “*indagar*”, o sea que debe dirigirse a la investigación por la curiosidad que busca la verdad científica (con los límites e imprecisiones que ella pueda tener), y no llevarse sólo, como hace la memoria, por la necesidad de legitimidad y orientación en valores.<sup>24</sup>

Por esta vía el programa de Peña Batlle conducía a una Filosofía de la Historia y no a una reconstrucción científica de la misma. El desplazamiento hacia la teleología, en su caso, fue siempre presentado como una consideración sociológica, conforme a la concepción metafísica que de la misma se había formado.

24. *Cfr. Ibidem*, pp. 56-57.



Examinaré ahora dos casos de aplicación del mencionado procedimiento histórico:

### a) Caso 1: Peña Batlle contra Hostos

Para hacer a un lado a Hostos y despejar el camino de la construcción de una nueva “*conciencia social dominicana*” se sirvió Peña Batlle de uno de los discípulos del Maestro y colaborador aventajado: el doctor Américo Lugo. Aquel hombre, representativo de los ideales democráticos y liberales de Hostos, ya debilitado por el padecimiento que le llevó a la tumba, recibió en su lecho de enfermo el libro prologado por Peña Batlle como una lápida. La *Historia de Santo Domingo*,<sup>25</sup> que subtituló *Edad Media de la Isla Española*, parte de la cual fue publicada en la revista *Clio*, daba globalmente un mentís al prólogo que achacaba al pensador de padecer una “*grave contradicción*”.<sup>26</sup> Una carta de finales de los años 40 que publicó doña Flérida de Nolasco da cuenta de la perseverancia de Lugo en sus ideas democráticas y liberales, así como de sus críticas al régimen imperante.<sup>27</sup>

Todavía en 1945, Peña Batlle consideraba alentadora la obra del insigne puertorriqueño al afirmar:

25. Véase Américo Lugo, *Historia de Santo Domingo (1550-1650). Edad Media de la Isla Española*, Ciudad Trujillo, 1952, con una semblanza del autor escrita por Peña Batlle.

26. Al respecto, véase a Roberto Cassá, “Teoría de la nación y proyecto político en América Lugo”. En Américo Lugo, *Obras escogidas*, tomo I, Santo Domingo, Ediciones Fundación Corripio, 1993, pp.13-80.

27. Flérida de Nolasco, *Pedro Henríquez Ureña y otros ensayos*, Santo Domingo, 1966.



*“Con la única excepción de Eugenio Ma. de Hostos, maestro amado de los dominicanos, las cabezas señeras del continente no han mirado la encrucijada en que nos debatimos los hijos de esta tierra.”*<sup>28</sup>

A éste no pudo atribuirle pesimismo. En cambio, cinco años más tarde, en el Prólogo que escribió para el libro del sacerdote jesuita Antonio Valle Llano,<sup>29</sup> le acusó de liberal, de anticatólico, positivista y de haber estado imbuido de espíritu antihispánico; y aun le colgó el sambenito de habernos preferido haitianos. Como conclusión, Hostos había hecho *“mucho mal”* a los dominicanos. Y por estar al servicio del mal debía ser apartado de la construcción de una verdadera *“conciencia social”* dominicana. Justificaba sus ataques diciendo que *“alguien debía comenzar la tarea reparadora”*, cuyo reverso ponía de relieve el mito trujillista.

En esta ocasión encontró una voz que nunca pudo rebatir ni él ni sus prosélitos. Se dejó oír en el diario *La Nación* con la independencia y gallardía que sólo podía exhibir un discípulo directo de Hostos. En efecto, Joaquín Arismendi Robiou quebró el silencio culpable:

*“No creí nunca, i de ahí mi sorpresa, que al cabo de tantos años hubiera dominicano que desconociera el mérito de la dominicanista i virtuosa obra que a fines del siglo pasado, realizó aquella vieja Escuela Normal i mucho menos podía creer que fuera esta la obra de un talento como el del señor Peña i de ahí mi dolor, porque con este joven me ocurre lo que*

28. “Carta a Jorge Mañach”. En *Política de Trujillo*, pp. 94-95.

29. “Prólogo”. En Antonio Valle Llano, S.J., *La Compañía de Jesús*, pp. 8-15.



*me sucede con Gustavo Adolfo Mejía, jóvenes intelectuales de estas dos últimas generaciones, por quienes, sin conocerlos como he dicho, he sentido siempre avidez de conocer de sus publicaciones cada vez que he tenido noticias de ellas*".<sup>30</sup>

Comenzó con un juicio general para el cual se sirvió de un recuerdo de Hostos sobre una tormenta y una metáfora:

*"Contemplado este fenómeno, quiero conservar bien su recuerdo, me decía (Hostos), porque me ha parecido recordar de tempestades morales por causa del choque de ideas, opiniones i sentimientos contrarios que guardan con él cierta semejanza."*<sup>31</sup>

Robiou vio en el escrito de Peña Batlle *"dos corrientes, opuestas, racional la una, pasional la otra."*<sup>32</sup> Continuó indicando *"los primeros párrafos del Prólogo, párrafos acusadores de un notable espíritu investigador"*, que ponderó largamente. Añadió:

*"Desdichadamente, la segunda fuerza o corriente que ofrecía resistencia o entraba en lucha con la primera –la racional– es una fuerza pasional tan furibunda, tan impetuosa, tan fanática que, al tiempo de deslustrar el mérito de la primera parte, ha constituido la desgracia de la obra."*<sup>33</sup>

Refirió cómo Peña Batlle había expresado con desmesurada simpatía religiosa su predilección por la escuela jesuítica de la que añoraba *"uno o más Colegios bien afincados en esta parte de la isla"*, ya que por su falta lamentaba no poder contar

30. J. Arismendi Robiou, *Leyendo y recordando*, Santiago, Editorial El Diario, 1951, pp. 11-12.

31. *Ibidem*, p. 21.

32. *Ibidem*, p. 22.

33. *Ibidem*, p. 22.



con una “*tradición social en nuestro país*”.<sup>34</sup> Se extrañó del procedimiento empleado por Peña Batlle, pues,

“*el reconocimiento de los beneficios de estas instituciones, no deben imponer la obligación de desconocer ni de abominar de otra obra cultural cualquiera*”.<sup>35</sup>

Consideró finalmente que el Prólogo “*no es propiamente un juicio, ni mucho menos un estudio crítico*”.<sup>36</sup>

“*Pero, cuando los prejuicios embotan las facultades de la mente, ella pasa la vida dando tumbos i traspies; formulando juicios i haciendo afirmaciones antojadizas como las que se leen aquí. Como resultado de tal estado, se pasa por encima del respeto que se debe a hombres i hechos que lo merecen, i cuando no es el demuestro que se emplea, se falsea la verdad hasta el extremo*”.<sup>37</sup>

A su juicio, el ataque contra la obra de Hostos sindicada de haber hecho “*mucho mal*” a los dominicanos era fruto del fanatismo y el ultramontanismo dominicano.<sup>38</sup>

Más adelante se adentró Robiou en la crítica del Prólogo, o mejor, de las imputaciones que hacía Peña Batlle a Hostos. Constestó punto por punto las mismas, señalando falsedades y yerros, hasta llegar a poner en solfa algunos de sus planteamientos. Después de señalar el carácter ateo de las enseñanzas de Hostos, Peña Batlle imputó simpatía calvinista a la *Moral Social*:

34. *Ibidem*, p. 23.

35. *Ibidem*, p. 24.

36. *Ibidem*, p. 25.

37. *Ibidem*, p. 24.

38. *Ibidem*, p. 52.



*“Dígame en qué país del mundo se puede ser i no ser al mismo tiempo. ¿Cómo podría yo ser ateo i protestante a la vez? Porque el ateísmo rechaza toda concepción religiosa, i el protestantismo, como toda religión, es el fundamento i la expresión de toda creencia en Dios, que el ateísmo niega. ¿Usted no considera como lo considero yo, que esto debía haber sido mejor pensado para no producir ésta incongruencia?”*<sup>39</sup>

Y en otro punto:

*“Fíjese, si no, en esto: que como ‘sus doctrinas constitucionales no eran de raíz dominicana, el señor Hostos no enseñó Derecho en Santo Domingo’. ¿Acaso ha oído usted cosa más peregrina?”*<sup>40</sup>

Aun señaló más contradicciones e inconsistencias:

*“La ocupación norteamericana de 1916 enterró para siempre la obra del señor Hostos’, i a renglón seguido dice: ‘el movimiento que inició el señor Hostos en 1880 perdura todavía, después de setenta años’ i ‘a la distancia a que estamos todavía se enseña en Santo Domingo a la manera hostosiana’ (...). Mi entendimiento no da para poder comprender una fraseología tan profunda como ésta. Que una cosa que ha sido enterrada, viva todavía (...) Bueno, mi estimado amigo, yo me doy por vencido”*<sup>41</sup>

En la última parte de su folleto, Robiou expresó nuevamente su dolor por el Prólogo de Peña Batlle: ¡*“Desdichada hora en que vio esta pieza la luz”!*<sup>42</sup>

39. *Ibidem*, p. 33.

40. *Ibidem*, p. 41.

41. *Ibidem*, p. 40.

42. Con la muerte de Peña Batlle, Robiou se apenó sinceramente. Así se lo comunicó el propio Joaquín Arismendi Robiou a don Vetilio Alfau



He glosado tan largamente el escrito de Robiou por la relevancia que tuvo el hecho de la refutación del mito, nada menos que utilizando como instrumento la memoria subversiva del recuerdo directo. No la memoria oficial, dogmática, producida por la intuición del poder. En carta a Rodríguez Demorizi de octubre de 1950 reafirmó Peña Batlle su postura militante:

*“El positivismo sin atenuantes de moderación era bandera de combate contra lo español y contra lo católico y nosotros, como expresión colectiva, sólo podemos vivir de esas dos fuentes nutricias. Esa es mi opinión básica sobre el asunto y de ahí no me saca nadie. (...) No soy antipositivista, pero creo que en nuestro país, dada su historia cultural el positivismo puro, como lo introdujo Hostos, era un peligro serio”.*<sup>43</sup>

¡A confesión de parte, relevo de pruebas!

## b) Caso 2: La mutual Duarte y Santana

Otro empeño de Peña Batlle en el marco de su ambicioso programa conservador fue la de armonizar a las figuras antagónicas de Duarte y Santana. Esta pretensión constituye una de sus más sorprendentes operaciones historiográficas. Y aunque lo dibujó en su estudio sobre “Emiliano Tejera”, su escorzo resultó fallido.

De acuerdo con el historiador holandés Michiel Baud:

*“Peña Batlle no tuvo tiempo para finalizar su análisis de la historia de la isla en el siglo XIX y no tuvo la oportunidad de elaborar sus ideas sobre el desarrollo del nacionalismo*

Durán. Agradezco a Salvador Alfau, hijo del fallecido historiador, por esta noticia que escuchó de labios de su padre.

43. “Cartas de M. A. Peña Batlle”, *Clío*, No. 99, 1954, pp. 91-96.



*dominicano. Sin embargo, indicó los probables contornos de su análisis en algunos estudios cortos. Su análisis se centraba alrededor de dos personas.”<sup>44</sup>*

El análisis en este caso es coherente con su concepción psicologista a la que me he referido antes. Un aspecto que llama la atención es que al igual que sucedió con Hostos, donde utilizó a Lugo, para alcanzar a Duarte ha empleado como puente a la egregia figura de Emiliano Tejera, liberal moderado e indiscutible patriota, quien fuera responsable de modelar, junto a Federico Henríquez y Carvajal, la admiración y veneración sincera del Padre de la Patria.

Según Peña Batlle, Juan Pablo Duarte fue “*el verdadero y único fundador de la conciencia nacional dominicana*”.<sup>45</sup> Le atribuyó haber traído consigo, a su regreso de España, con 21 años, “*un sedimento de la cultura típica de la hispanidad capaz de poner en movimiento las ansias independentistas de los dominicanos*”.<sup>46</sup>

A esa hispanidad atribuyó

“*su firmeza en usar los elementos históricos de la formación colectiva del pueblo dominicano para amasar con ellos, frente a Haití, el contenido cultural de nuestra independencia*”.<sup>47</sup>

44. M. Baud, “Manuel Arturo Peña Batlle y Joaquín Balaguer”. En VVAA., *Política, identidad*, p. 166.

45. Una tesis similar había expresado Joaquín Balaguer en 1939 con respecto a Hostos: “La cultura nacional es, en sus aspectos esenciales, obra de Hostos (...). Las proyecciones de su genio iluminan desde hace más de cincuenta años la conciencia dominicana”. *Discursos escogidos*, Santo Domingo, 1977, p. 180.

46. Peña Batlle, “Emiliano Tejera” (prólogo), *Emiliano Tejera. Antología*. Ciudad Trujillo, Librería Dominicana, 1951, p.22.

47. *Ibidem*, p. 22.



Por otra parte, aunque reconoció “*la integridad del ideal independentista de Duarte, sostenido contra España en 1864*”,<sup>48</sup> justificó la anexión a España y a los anexionistas, ya que según su lógica “*lo hacían presionados por circunstancias de índole social*”.<sup>49</sup> El argumento central apunta hacia un inconsciente colectivo, pues para él:

“*Ellos (los anexionistas) se movían impulsados por una serie de consideraciones y sentimientos previos al planteamiento del ideal de la independencia pura y simple, pero que envolvían, sin disputa, todo el complejo de cultura y de civilización,*” etc.<sup>50</sup>

Podría tratarse de la influencia de Gustavo Le Bon<sup>51</sup> o simplemente de una proyección al colectivo dominicano de su concepción psicológica de la historia.<sup>52</sup> En su concepto:

48. *Ibidem*, p. 22.

49. *Ibidem*, p. 23.

50. *Ibidem*, p. 23.

51. Este es uno de los epígonos de Comte que derivó hacia el irracionalismo. Su *Psychologie du Socialisme*, en la que se expresa de la manera más arbitraria sobre los países latinoamericanos, obtuvo una gran recepción entre los intelectuales del continente americano, incluido nuestro país.

52. A este propósito, Max Horkheimer en *Historia, metafísica y escepticismo*, Madrid, Alianza Editorial, 1982, p. 38 señala refiriéndose a Maquiavelo, para quien “*los caracteres de los hombres son el último material explicativo del curso de la Historia, ya que están constituidos por elementos anímicos constantes: los instintos y las pasiones eternamente inmutables. Pero esta concepción es dogmática. No toma en consideración que los elementos psíquicos y físicos que determinan la estructura de la naturaleza humana son parte integrante de la realidad histórica, y por ello no deben ser tomados como entidades rígidas, invariables, que de una vez para siempre pudieran fijarse como último factor explicativo*”.



*“La única manera de llegar alguna vez a la independencia la vieron los dominicanos de aquella época en la conservación de sus formas sociales tradicionales. Nuestra independencia tiene configuración conservadora. Es el resultado de un fenómeno de introspección social.”<sup>53</sup>*

Se advierte en estas afirmaciones el grave yerro de Peña Batlle y su desconocimiento de la historia española del siglo XIX, la época precisamente que motivó la recusación del pensamiento español hecha por Marcelino Menéndez Pelayo en su obra sobre los *Heterodoxos Españoles*. Hacer depender la ideología revolucionaria de Juan Pablo Duarte de “*de un sedimento de cultura típica de la hispanidad*” o “*todo un complejo de cultura y de civilización*” o sujetar su ideal de independencia a una pretendida “*configuración conservadora, de introspección social*”, no es más que una mistificación. Esto último por la sencilla razón de que la hispanidad no había sido inventada todavía; faltaba aún para la llegada de un Ramiro de Maeztu. Aquello de sentirse “*presionados por circunstancias de índole social*” no pasa de ser pura retórica ante la oquedad de su planteamiento sobre la ideología de la independencia dominicana. Le falta sustancia, sino seriedad a la tesis. Sin embargo, la misma resultaba útil desde el punto de vista de la memoria intuitiva del poder.

En cambio, Duarte se empapó de las doctrinas políticas que agitaban la vida política de la España liberal del primer tercio del siglo XIX y su ideología revolucionaria nunca fue racialista (que así entiende lo social Peña Batlle) ni muchos menos conservadora. El profesor Giménez Fernández, en un

53. Manuel Arturo Peña Batlle, *El Tratado de Basilea*, p. 40.



estudio fundamental<sup>54</sup> sobre las ideologías de la independencia en América,<sup>55</sup> se refirió a las doctrinas populistas que fueron la base del liberalismo español de los años veinte y treinta del siglo XIX. Refiriéndose a la metrópoli española, señaló que tras la reacción conservadora que siguió a Bayona (1808) que desconoció la Constitución de Cádiz y entronizó nuevamente el absolutismo (1820), sobrevino el triunfo del liberalismo anticlerical de las doctrinas populistas.

Se formaron así dos síntesis doctrinales: una fidelista y otra republicana, la última triunfó políticamente. Por su carácter republicano y democrático, ésta última corriente fue la abrazada por el joven Juan Pablo Duarte. En cambio, Peña Batlle se apoyó en la concepción del absolutismo oficial de los borbones y su acentuado regalismo, que estuvo siempre enfrentada con “*la persistencia de la concepción populista*”. Sobra decir que el liberalismo español, incluso anticlerical, era profundamente religioso, aunque tolerante hacia otras creencias. Esta apertura fue un signo del liberalismo democrático decimonónico, y todavía fue mucho más acentuado antes de proscribirse el socialismo en Europa.

54. Manuel Giménez Fernández, “Las doctrinas populistas en la independencia de Hispanoamérica”, *Anuario de Estudios Americanos*, tomo III, Sevilla, CSIC, 1946, pp. 517-666.

55. Según Giménez Fernández, la “*base doctrinal general y común de la insurgencia americana, salvo ciertos aditamentos de influencia localizada, la suministró (...) la doctrina suareziana de la soberanía popular; tendencia –perfectamente ortodoxa dentro de su inflexión voluntarista– de la teoría aquiniana del Poder Civil, que exige (al contrario de la heterodoxia pactista) una coyuntura existencial, para que revierta al común del pueblo la soberanía constitucionalmente entregada a sus órganos legítimos*”. *Ibidem*, p. 521.

Pasaré rápidamente a la segunda persona en que centró Peña Batlle sus análisis.

*“El otro héroe de Peña Batlle era menos predecible”*: nada menos que *“el rudo terrateniente Pedro Santana, quien era vilipendiado por muchos dominicanos por haber vendido el país a España en 1861. La complejidad del pensamiento de Peña Batlle se evidencia claramente en su interpretación de este episodio de la historia dominicana”*.<sup>56</sup>

Sobre Santana expresó Peña Batlle los juicios más graves y reprobatorios en su importante *Historia de la deuda pública dominicana en la Primera República*, publicada en 1940-1941, aunque escrita bajo esquemas liberales:

*“El prestigio y el ascendiente personal del General Santana estaban en decadencia y resultaban ineficaces para sostener la política de errores y desatinos que había desarrollado desde su advenimiento al poder”*.<sup>57</sup>

Agregó que: *“(…) el descuido y la negligencia con que se manejaron los fondos del Estado”*<sup>58</sup> bajo los gobiernos de Santana, fue lo que motivó discrepancias entre el Congreso y el Ministerio de Hacienda, Comercio y RREE.

Denunció la actitud despótica de Santana cuando en 1847, ante la protesta de Juan Nepomuceno Tejera, gracias a

*“la influencia que ejercía Santana en todos los órdenes de la vida gubernativa, impuso la solución propuesta por el*

56. M. Baud, “Manuel A. Peña Batlle”. En VV.AA., *Política, identidad*, p. 166.

57. Manuel A. Peña Batlle, “Historia de la deuda pública dominicana en la Primera República”, 2da. Parte, *Boletín del Archivo General de la Nación (BAGN)*, Año 4, Nos.14-16, enero-junio, 1941 p. 14.

58. *Ibidem*, p. 15.



*Ministro de Hacienda, llevando los acontecimientos hasta el punto de obtener del Consejo Conservador un decreto de descargo a favor del referido Ministro, en el cual se declaró procedente y justificada la medida que tomó el gobierno de convertir en papel la existencia de onzas de oro que tenía la República depositada en sus arcas”.*<sup>59</sup>

Afirmó que Santana, resentido seriamente con los inconvenientes que venía sembrándole la oposición en el Congreso

*“no pudo llevar a término feliz su proyecto de reformas por lo que se vio en la necesidad de deponer el mando y abandonar el campo de la lucha convencido de su desprestigio y de su impotencia.<sup>60</sup> (...) La única revolución científica y bien intencionada que se produjo durante los diez y siete años que constituyen el período de la primera República fue la revolución del 7 de julio.<sup>61</sup>*

*(...) Las causas y la intención originarias de la revolución del 7 de julio se vieron bien pronto desnaturalizadas por determinados agentes de la revolución misma que llegaron a convertirla en nuevo asidero de pasiones y de odios personalistas. Bastó para ello la llegada al país del general Santana (...) Las dotes militares del general Santana y el favor indiscutible de que gozaba entre las tropas regulares parece que fueron el motivo que asistió a los hombres del 7*

59. *Ibidem*, p. 17.

60. *Ibidem*, p. 19.

61. M. A. Peña Batlle, “Historia de la deuda pública dominicana en la Primera República”, 3ra. Parte, BAGN, Año 4, No.17, agosto, 1941, p. 192.



*de julio para poner en manos tan peligrosas los destinos de la revolución.*<sup>62</sup>

*Desde el momento mismo en que el Gobierno Provisional puso al general Santana al frente del movimiento revolucionario, en contradicción con el manifiesto del 7 de julio, estaba invirtiendo todo el ideal de reforma perseguido. (...) A nuestro entender, el manifiesto del 7 de julio obligó a la revolución no sólo a combatir la posición actual de Báez, sino que la enfrentó también al sistema absolutista de Santana, tan peligroso y tan retrógrado como el de su rival. Desde la madrugada misma del 28 de febrero se dividió la ideología política de los dominicanos en dos bandos, uno el bando conservador y reaccionario de los Bobadilla, los Báez y los Santana, y el otro el bando liberal y avanzado, que dirigieron Duarte y Sánchez. Venció el primero con la asonada del 12 de julio de 1844. Desde ese momento se adueñaron del campo los intereses egoístas del grupo triunfador, con alternativas entre Báez y Santana, dos hombres funestos de la misma escuela política, que habían hecho del país y del gobierno instrumento de sus ambiciones y de sus odios. La lucha que sostuvieron... [fue] siempre infecunda e inútil’.*<sup>63</sup>

**A juicio de Peña Batlle, Santana era:**

*“Un hombre que por sus antecedentes, por su misma estructura moral, por su incapacidad mental, por sus ideas y sus opiniones muy bien conocidas del país, no pudo nunca identificarse con el propósito de reforma doctrinaria y de filosofía política en que descansaba el movimiento armado del 7 de julio. Ese hombre, Santana, más arraigado en la*

62. *Ibidem*, p. 193.

63. *Ibidem*, pp. 193-194.



*conciencia popular, más conocido en el país, con ejecutorias más largas que las de Báez, era el enemigo natural e instintivo de las ideas avanzadas y debió inspirar mayores recelos que el mismo Báez (...) Santana (...) significaba también el triunfo de las ideas absolutistas y del más atrasado sistema de gobierno. Significaba el triunfo del mismo sistema de Báez, porque estos dos hombres, separados sólo por la ambición y los intereses, vivían unidos por las ideas y por la misma aspiración política”.*<sup>64</sup>

Sin que medie ninguna explicación, Peña Batlle sacrificó en bloque todas las afirmaciones y juicios precedentes, para decir en carta a Rodríguez Demorizi en 1950:

*“El caso de Santana debe estudiarse y considerarse en sí mismo, objetivamente, sin pasión y sin espíritu sectarista. Los enemigos del hombre se valen de toda patraña para desacreditarlo, pero no logran destruir con su odio la posición que ocupa en la formación del país. Considero de todo punto necesaria y útil la labor que estás realizando para documentar la gran figura del Libertador. Hace falta realmente una aportación documental para interpretar correctamente la obra de Santana. Esa labor es tuya y tuya está llamada a ser también la figura nueva de nuestro gran político”.*<sup>65</sup>

Con ello daba a entender que la documentación sobre la que apoyaba sus juicios adversos era insuficiente para “interpretar correctamente la obra de Santana”. Todavía más:

*“Contra los que piensan que Santana engañó a España, creo yo que fueron los políticos españoles quienes se valieron de la genuina e intuitiva postura hispánica de Santana para realizar*

64. *Ibidem*, p. 194.

65. “Cartas de M.A. Peña Batlle”, *Clio*, No. 99, p. 96.

*en 1861 –momento oportuno– el acto de reincorporación que desde 1844 diligenciaba el caudillo sin que el Gabinete de Madrid diera oído a sus instancias”.*<sup>66</sup>

En todo caso, las afirmaciones de Peña Batlle dejaban en términos históricos toda la dificultad en pie; ni convencen cuando se refieren a Duarte ni tampoco cuando lo hacen a Santana. En efecto, la imposibilidad de esa mutualidad procede de ambos personajes, pero sobre todo de Duarte, cuya ideología republicana, liberal, democrática, católica y sobre todo respetuosa del pueblo haitiano, nunca fue compatible con la ideología despótica, personalista y anexionista de Santana. La única posibilidad hasta ahora de hacer un planteo similar estuvo ligada al régimen despótico trujillista, como una forma de exaltar el mito de un nacionalismo basado en el militarismo, el autoritarismo y el hispanismo.

#### IV

Como se ha podido ver, lo que comenzó como un programa historiográfico terminó en una mitología nacionalista de corte esencialista. La propuesta, conservadora y retrógrada, quedó expuesta en su forma más completa en el ensayo que tituló *El Tratado de Basilea y la desnacionalización del Santo Domingo español*,<sup>67</sup> publicado en 1952, dedicado a Joaquín Balaguer. No obstante, el apogeo del neoliberalismo conservador trajo como consecuencia la revitalización de dicho programa en la década

66. M. A. Peña Batlle, Prólogo. En *Emiliano Tejera*, p. 25.

67. El título mismo procede, como en otras ocasiones, de la historiografía liberal. Véase la cronología de José Gabriel García en el capítulo inicial de su *Compendio de la Historia de Santo Domingo*, tomo I, Santo Domingo, Editora de Santo Domingo, 1979.



de los 80, cuando aparecieron voces en la prensa y libros que reprodujeron los planteos de Peña Batlle glosados, aunque sin citar todavía sus escritos.

Pronto fue emergiendo como el pensador decisivo detrás del nuevo conservadurismo. Sin embargo, la prosecución del programa de Peña Batlle en los años ochenta tuvo su inicio formal no en los escritos que volvieron sobre algunas de sus tesis, sino en un hecho simbólico: el traslado de los restos de Pedro Santana al Panteón Nacional en el mes de julio de 1978. Este paso adelantado por Balaguer fue su última contribución a la concepción conservadora de la nación en los *Doce Años*. La reparación histórica requerirá, en su momento, devolver los restos de Santana a su lugar en la iglesia parroquial del Seibo, adonde pertenecen.

Aparte del libro clásico *La Isla de La Tortuga*, que contaba con varias ediciones antes de los años 80, el conjunto de la obra de Peña Batlle fue puesto de relieve con la celebración en el año 1988 de una feria del libro dedicada a su memoria. Recuerdo que en dicha ocasión, en protesta, Juan Bosch se negó a participar en la misma, lo que causó no poco revuelo. Ese mismo año empezaron a publicarse sus *Obras* por parte de la Fundación Peña Batlle, creada por sus herederos con este propósito.<sup>68</sup>

68. El primer tomo de las *Obras* apareció en 1988, bajo el título, *Ensayos históricos*, con un prólogo de Juan Daniel Balcácer; el tomo segundo que he citado arriba, preparado por Bernardo Vega; el tomo tercero, *Instituciones políticas*, Santo Domingo, Taller, 1996, con una presentación de Balcácer; y el cuarto, *La rebelión del Bahoruco*, Santo Domingo, Taller, 1996, que incluye además de la presentación de Balcácer, la conferencia “Enriquillo y Boyá” de fray Cipriano de Utrera, base de la respuesta de Peña Batlle.



¿A qué atribuir el atractivo que ejerce el pensamiento de Peña Batlle en los intelectuales conservadores de hoy? ¿Por qué a más de cincuenta años de su muerte mantiene esa especie de rectoría de la historiografía conservadora? Probablemente la explicación reside en la fuerza del mito nacionalista que sentó el criterio de que la fuerza autoritaria del Estado representa la única solución para la convivencia pacífica en la República Dominicana. Este ha sido el resultado de la memoria intuitiva del poder como procedimiento historiográfico.

Como historiador del presente tengo la responsabilidad de desmontar ese mito. Acaso para ello deba desarrollar un nuevo programa humanístico para entender que la diversidad no representa una imposibilidad metafísica para la existencia de la nación. Que lo dominicano puede estar cimentado, como lo vio Duarte, en “*el principio de la unidad de las razas*”, que para el Padre de la Patria representaba un principio sagrado al igual que la invocación a la Santísima Trinidad de Dios Omnipotente o el lema sacrosanto de “*Dios, Patria y Libertad*”, como me recuerda Monseñor Pepén en una actualizada lectura del ideal duartiano.<sup>69</sup>

Adelantaré, pues, un nuevo programa historiográfico “*como rectificación de los mitos nacionales*”, que apunte a la comprensión del desarrollo histórico del pueblo dominicano y así a la construcción de una mejor humanidad. Como comprendió ya Ernest Renán en el siglo XIX:

*“El olvido histórico, incluso el yerro histórico, constituyen factores sustanciales en la formación de una nación, y—por la*

69. Cfr. Juan Félix Pepén, *La nación que Duarte quiso*, Santo Domingo, Centro Cultural Poveda / Ediciones MSC, 2004.



*misma razón– el avance, el progreso de la historia como ciencia es, con frecuencia, un peligro para la nacionalidad*".<sup>70</sup>

Como ha indicado recientemente Eric Hobsbawm, "*ésta es, creo, una bella tarea para los historiadores: ser un peligro para los mitos nacionales*".<sup>71</sup> Por amor y por deber, como diría don Federico Henríquez y Carvajal, no puedo menos que estar de acuerdo.



70. Citado en Eric J. Hobsbawm, "La historiografía como rectificación de los mitos nacionales". En *Humboldt*, No.127, 1999, p. 53.

71. *Ibidem*, p. 53. También del mismo autor: *Sobre la historia*, Barcelona, Crítica, 2002, p. 50: "*La historia, entendida como ideología y fuente de inspiración, tiene una gran tendencia a convertirse en un mito que hace posible la autojustificación. Como demuestra la historia de las naciones y los nacionalismos modernos, ninguna venda cubre más los ojos que ésta*".